

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 7 DE ABRIL

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Lo que pienso de España

HACE algún tiempo ha llegado a nuestras manos un rico surtido de revistas y diarios españoles conteniendo peregrinos comentarios a un picaresco reportaje publicado en una ciudad del Pacífico, relativo al atraso moral e intelectual de la Península.

Tal reportaje—que nadie nos ha hecho ni menos leído hasta hoy—prueba la poca simpatía que España inspira a quien lo escribió o un travieso deseo de inquietar a los pacíficos españoles que moran en su país.

Nos sorprende que en España se incomoden por palabras que no hemos escrito, siendo tantas las veces que nos hemos referido a ella, en libros o artículos siempre publicados o reimprimados por editores o revistas peninsulares. Nuestras opiniones no han coincidido, sin duda, con las de todos los españoles, pero sí con la de aquellos que tenemos por más ilustres y virtuosos.

Nunca hemos respondido a nuestros críticos ni hemos trabado polémicas; creemos útil, sin embargo, recordar lo siguiente: la única vez que hemos aceptado el honor de hablar ante un público en España—entre hombres de ciencia y con motivo de hacérsenos una honrosísima distinción—terminamos con las siguientes palabras, reproducidas por varias publicaciones españolas:

No voy a hablaros de la *madre patria* y de las veinte repúblicas agradecidas, ni del viejo solar de la raza, ni de la *hidalguita* castellana, ni de las joyas que nunca donó la Reina Católica a Colón para que nos descubriese, ni del sol que no se ponía en los dominios de vuestros emperadores. Sobran en América oradores abundosos que vienen a escamotear vuestros aplausos, repitiendo esas gratitudes insinceras, y muchos son los escritores que mendigan el elogio español, dando muestra de fiel castellanismo.

Cuando os han recitado su conferencia en uno de vuestros Ateneos, o dedicado sus libros filiales con fino amor, vosotros, los peninsulares todos, os burláis del intelectual indiano, y éste sigue complaciéndose de la ranciedad medioeval que os atribuye.

Esa España heroica y convencional—en que los sudamericanos hemos dejado de creer como fuente de cultura y de progreso—y en que ningún español ilustrado sigue creyendo después de Joaquín Costa, de

Francisco Giner, de Ramón y Cajal—no forma parte de la tradición española a que deseo referirme. Esa es la tradición mala, propia de lo que vosotros mismos llamáis *la España negra*, tan admirable en vuestro teatro clásico como absurda en la vida efectiva.

Yo amo a España de otro modo; o si os place, amo a otra España. Hablo vuestra lengua por ser la de mi patria, y procuro escribirla con digna corrección; me son familiares Cervantes, Calderón y Quevedo. No temáis, empero, que os hable de ellos; preferiré poner esta conversación bajo los auspicios de otra España que entre más directamente en el área de mis ocupaciones intelectuales.

No se trata—¿huelga decirlo?—de la España pintoresca; largo es mi estudio y la vida harto breve, para dejarme tiempo de ser turista. Comprendo la belleza de vuestros anfiteatros desbordantes de instinto—oro, seda, sangre y sol, que cantó el poeta sevillano—pero no llega a encelarme el traje de luces de los toreros, si bien admito

su gesto fídico cuando entran a matar. Conservo alguna serenidad al oír el repiqueteo sonoro de las castañuelas en manos de vuestras bailarinas de ojos morenos, aunque me enciende secretamente la sangre, no vieja todavía. Nunca me he detenido a ver en la Península el harapo de los mendigos o la agudeza de los pícaros, pues en la vida real me interesan menos que en las páginas admirables de *Guzmán de Alfarache* y *La Vida del Buscón*.

La buena tradición peninsular existe y ella podrá inspirar a los que busquen el progreso de las instituciones mediante la renovación de las ideas generales.

Es otra España, amigos míos, la que me atrae. Todos vosotros—hombres de estudio y de pensamiento—la conocéis mejor y la amáis igual que yo; la España de los grandes filósofos, de Isidoro, de Averroes, de Maimónides y de Lulio, sumergida en la penumbra por el advenimiento de los capitanes y de los teólogos. La España que se duerme cuando el fanatismo de la teocracia quema las bibliotecas heréticas; la que va a buscar las luces de Humanismo y se extingue en Brujas, con vuestro Luis Vives; la que se ilumina de Libre Examen y muere

(Pasa a la página 35).

Las elecciones de 1924 en Nicaragua⁽¹⁾

2

LA tierra se ha tragado a un Chamorro, el Chamorro que ejercía la Presidencia de la República bajo la bandera y las bayonetas de los Estados Unidos, elegido por su sobrino en elecciones fraudulentas con el apoyo de Washington, el cuarto Presidente de Nicaragua bajo el régimen implantado por la revolución triunfante en 1910. La muerte de un Chamorro no ocuparía por supuesto nuestra atención ni nuestro tiempo si no fuera porque del hoyo en que este muerto va a convertirse en polvo puede salir la libertad de Nicaragua.

Los dueños de Nicaragua bajo el régimen de la traición triunfante en 1910, o más propiamente, los subdueños, porque los verdaderos dueños están en Washington y en

Nueva York, en el Departamento de Estado y en Wall Street, no contaron con la augusta señora cuya inesperada visita ha venido a trastornar sus planes y a poner en peligro su negocio de gobernar y explotar ad perpetuam a Nicaragua en alianza con los banqueros de Wall Street y los bucaneros de Washington; y permitieron, por razones políticas, que con el Chamorro que ha tenido la feliz ocurrencia de marcharse en estos momentos fuera elegido para la vicepresidencia un señor Martínez que aunque conservador parece humano y hombre capaz de la honradez y el patriotismo. Era político decorar con él al Gobierno de la traición. Se ganaba algo o mucho con la presencia de un hombre de bien entre la chusma de agentes, instrumentos, cómplices y monigotes de Brown Brothers y de Washington; y no se perdía nada, o no se arriesgaba na da

(1) Véase la primera parte de este importante trabajo en las entregas 19 y 20 del tomo anterior del REPERTORIO AMERICANO.